

CAMINOS DE CONVERSIÓN (V)

De la indiferencia a la compasión

“Que hablen de uno, aunque sea mal”, “cada uno a su bola”, “trátalo con el látigo de la indiferencia”... Son expresiones comunes que nos delatan. El mayor castigo que podemos dar a alguien es tratarlo con indiferencia, no escucharlo, no tomar en cuenta sus opiniones, hacerle pasar desapercibido, “como si no estuviese”; recuerdo a este respecto el anuncio de televisión de cierto aparato de aire acondicionado que se apaga “cuando no hay nadie”. Lo peor que nos puede pasar es que, aparentemente, no existamos; por eso tantas veces el niño, el adolescente, el joven o el adulto debe dar la nota, tiene que hacerse presente, tiene que romper la indiferencia de los demás: ¡Existo!, ¡estoy aquí y reclamo tu atención!

Concluimos nuestra oferta de cinco caminos de conversión para estas semanas de Cuaresma. Invitamos hoy a pasar **de la indiferencia a la compasión**. Proponemos caminar desde la frialdad e indiferencia ante lo que le pasa a los demás, de las palabras bonitas pero tantas veces vacías, a los hechos de compasión. **Compasión** es mucho más que un sentimiento. Es comprometer la propia vida para que la realidad del hermano necesitado pueda sufrir una transformación. Muchos traducen “*compasión*” por “*pena, lástima*”; pero si el prefijo se pone como sufijo entenderemos que “**compadecer**” es “**padecer-con**”, es decir “*reír con el que ríe y llorar con el que llora*”. En la parábola del buen samaritano Jesús da la explicación práctica de la compasión: no consiste en pasar junto al herido sino en detenerse junto a él, acompañarlo, consolarlo y buscar con él la solución a su problema; en una palabra implicarse, zambullirse, enfrascarse. **Compasión es ponerse en la piel del otro**. Y no se busca protagonismo: como hace la sal en el guiso, que sazona pero se disuelve; como el grano de trigo, que “*si muere da mucho fruto*” (leemos en el evangelio de hoy).

Alrededor de las debilidades de las personas y los pueblos, en torno a sus dolores y sufrimientos, se escriben cada día las mejores páginas de la humanidad. Sólo hay que abrir un poco los ojos y descubriremos miles de historias de amor, miles de historias de compasión. Son fruto del Espíritu Santo, que en todo hombre siembra semillas de Dios, que es misericordioso y compasivo. Mira a **Jesús, es la compasión en persona**: “*sintió compasión de ellos... los veía como ovejas sin pastor...*”. Empezó compadeciéndose de los que tenían hambre y acabó compartiendo e invitando a compartir: “*dadles vosotros de comer*”. Cuando la compasión es verdadera, la abundancia de lo poco puede ser milagrosa; poco importa que se tenga poco, porque compartir es multiplicar, y además, **no se trata de dar sino de darse**. Cuando uno siente esta invitación de Jesús “*lo deja todo y le sigue*”, para ser “*Apóstol*”. Estamos en plena **Campaña del Seminario**. Pidamos por los que ya han respondido y ya se están formando para ser “pastores y apóstoles”; pidamos por los que aún no han escuchado la llamada o no han respondido. Oremos por los seminaristas y por los sacerdotes.

No es fácil el camino de la compasión, pero es el que lleva a la vida.
¡Feliz y santa Cuaresma!

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM